

Estas breves líneas salen inmediatamente para su destino, y el emisario vuelve á la media hora con un billete cruelmente voluminoso.

Mercedes lo palpa ántes de abrirlo con mano trémula, rasga al fin el sobre y se encuentra con sus cartas, nada más que con sus cartas. Hay cuatro: las dos que conocemos, la que acaba de escribir y otra; aquella que puso en manos de Miguel por detras del cuadro histórico, en la que le descubria el verdadero motivo del viaje del Duque á París.

Sus menudos dientes rechinan, á sus ojos, encendidos por la cólera, no asoma ni una lágrima, y estrujando entre sus manos sus propias cartas, exclama con voz temblorosa:

— Ni amante ni cómplice.

---

#### CAPÍTULO IV.

##### El retrato.

El gabinete reservado de la Marquesa, acerca del que di una ligera idea en el segundo libro de la presente historia, ha experimentado notables transformaciones; al resplandor del lujo ha sucedido la claridad de la sencillez; la espléndida tapicería de rica seda y de brillantes colores ha dejado su puesto á modesta lana de suaves matices; los muebles, despojados de artificiosas molduras, corresponden dignamente á la humildad de la alfombra y de las cortinas; muestra, no obstante, con cierto orgullo el escritorio de palo santo y un pequeño estante de cedro, como preciosos restos de pasada opulencia. Sobre el escritorio se ve un precioso crucifijo de marfil, que ántes no habia; enfrente del

estante hay un piano, y más allá un costurero. Estos dos muebles parecen dos amigos, pues representan allí el trabajo y la alegría. Junto á uno de los balcones hay un caballete, sobre el que descansa un pequeño lienzo preparado para recibir las primeras líneas de un boceto. Los espejos han desaparecido de las paredes, pero encima del sofá se levanta un cuadro que atrae los ojos y detiene las miradas.

No es ciertamente una obra pasmosa, un prodigio del arte, mas contiene un bello recuerdo, y su principal mérito consiste en el asunto. Es un retrato de la Marquesa, de cuerpo entero, en el que el pintor supo dar al semblante de Luisa los risueños reflejos de la más pura inocencia. Es ella. Allí están todas las líneas de su rostro, bañadas por ese suave esplendor con que ilumina los rostros de los niños la aurora de la vida. Se halla en la edad en que la infancia se despide de nuestro sér con dulzura y con tristeza, dejándonos la última sonrisa, el último abrazo, el último beso, y tal vez la última alegría.

El fondo del cuadro es el cielo, el cielo azul y sonrosado de una mañana de primavera. Al rededor de la cabeza de la niña resplandece el aire envolviéndola en una atmósfera celestial. Desciende de sus hombros en pliegues suaves una túnica blanca como la nieve, y un velo, más blanco que la túnica, rodea su frente, ceñida por una diadema de rosas, también blancas y brillantes como el nácar. Sonrien sus labios como si su lengua paladeára un manjar divino, y sus ojos miran al cielo con expresion inefable.

Así fué retratada por un tierno deseo de su madre, que quiso perpetuar en el lienzo la imágen angelical de su hija, con el vestido de pureza y el semblante de esperanza con que hizo su primera comunión.

En este espejo se mira la Marquesa.

No son estas solas las transformaciones que podemos advertir. Si valiéndonos de la confianza que nos da la circunstancia de ser antiguos amigos de la casa, penetramos por la puerta del gabinete que conduce á la escalera por donde se bajaba al pabellon, notáremos que esta escalera ha desaparecido; el

muro en que estaba abierta se ha cerrado como un sepulcro. Salgamos á la galería de cristales, y encontraremos otra novedad más sorprendente. Estamos en la parte posterior del edificio y en medio de la galería. Una puerta de dos hojas, que termina en un medio punto cerrado por cristales de colores, se abre delante de nosotros; entremos llenos de interes y de curiosidad, porque precisamente nos encontramos en el umbral de aquella preciosa estancia, contigua al tocador de la Marquesa, destinada á cuarto de baño. Aquí la transformacion es más profunda. Han desaparecido las estatuas, los grifos de bronce, los jarrones de porcelana, el suntuoso divan que daba vuelta al rededor de las paredes, los espejos..... todo ha desaparecido. En cambio hay un altar cubierto con un paño immaculado guarnecido de finísimo encaje; el tabernáculo es de oro puro; el retablo es un hermoso lienzo, que representa á Jesus orando en el huerto de las Olivas. Dos ángeles de plata sostienen sendas lámparas del mismo metal; en los cuatro ángulos se levantan, sobre columnas truncadas, que les sirven de

base, los cuatro evangelistas. Delante del altar se ve un reclinatorio. Dos cuadros de grandes dimensiones adornan las paredes laterales, representando uno la soledad de la Virgen y el otro la Asuncion. El techo es una nube luminosa, en cuyo centro se destacan las divinas personas de la Trinidad Beatísima: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Sobre el mismo sitio donde ántes se hallaba la voluptuosa pila del baño, se levanta otra pila: la pila del agua bendita. Ya no se respiran allí las suaves emanaciones del ámbar, sino el dulce perfume del incienso.

Como se ve, la transformacion es completa y llega hasta el tocador contiguo, que sirve de sacristía, donde se guardan ricos ornamentos y vasos sagrados de oro y plata.

Mundeta ha visto realizarse uno por uno todos estos cambios en las habitaciones particulares de la Marquesa con asombro indecible. Cada vez que veía deshacer una joya para guarnecer un cáliz con piedras preciosas, ó veía pasar los más ricos encajes del opulento ropero de la Marquesa á la sacristía del oratorio, la pobre doncella se santiguaba, diciendo

para sí: «¡Bah!... esta buena señora ha perdido el juicio»; y al mismo tiempo advertía con asombro que la Marquesa la trataba con más dulzura, con más cariño. Algunas veces llegaba á pensar que no era su señora, sino su amiga. La pobre muchacha se hacia cruces.

Púsose enferma en cierta ocasion, y Luisa la asistió, cuidándola como á una hermana. Un día que la ayudaba á incorporarse sobre la cama, dándole ella misma la medicina dispuesta por el doctor Guillen, Mundeta no pudo contener su emocion, y mirando á la Marquesa con inmensa ternura, rompió en llorar, exclamando:

— Ay señora, ¿con qué pagaré yo tantos beneficios?

Luisa se echó á reír, diciéndole:

— Con esas lágrimas está pagado todo, puesto que es V. tan orgullosa que no quiere tener deudas con Dios, verdadero autor de cuantos beneficios recibimos.

Al fin y al cabo, la doncella fué convencíendose de que su señora no habia perdido el juicio, sino que ántes bien lo habia recobrado; y claro está, cuando la Marquesa era

la reina de la moda y el astro luminoso de los salones, Mundeta la tomó por modelo; ahora, que es el consuelo de los afligidos, á la doncella la sirve de ejemplo.

No obstante, murmuraba mucho de los nuevos amigos de la Marquesa, sorprendiéndose de que una señora de tanto mundo, de tan buena sociedad, de tan altas relaciones, tan considerada, tan elegante y tan bella, pudiera pasar las horas muertas en conversacion íntima con el padre Antonio del Corazon de Jesus, sacerdote muy santo y muy bueno, pero que, apartado de las cosas de la vida, no era á propósito para hacer agradable su presencia. Mundeta no comprendía la intimidad de la Marquesa con este santo varon.

Tampoco acertaba á explicarse la confianza con que recibía, y las deferencias con que agasajaba á una señora Gertrúdis, que ignoraba de dónde habia salido, pero que entraba en la casa como si hubiera nacido en ella. Y vamos, no era así como quiera, pues la Marquesa llegaba al extremo de besarla, y la pícaro mujer se dejaba besar como si tal

cosa, presentando sus mejillas abultadas y velludas á los sonrosados labios de la noble señora. Esto era inaudito para la doncella, que se admiraba de verlas juntas, charlando como dos cotorras, llorando y riyendo como dos amigas de colegio que se reunen despues de un verano de vacaciones.

Pues déjese V. á la señora Gertrúdis y tome al Sr. Martin, con sus bigotes canos y su levita hasta los talones, con siete cintajos en la solapa, más derecho que un pino, andando siempre á compas, como si llevára delante una banda de cornetas; que ha tomado la casa por hospicio y se descuelga á lo mejor con un regimiento de chiquillos, con la friolera de siete criaturas, que la mayor tendrá catorce años.

Mundeta parecia escandalizada de semejantes abusos. Este señor Martin era recibiendo siempre que iba, la Marquesa le daba la mano, acariciaba á los muchachos, ponía sobre sus rodillas á los más pequeños y los dormía en su regazo. ¡Qué capricho de señora!.....

Pero, ya se ve; poco á poco se fué acos-

tumbrando la doncella al padre Antonio, á la señora Gertrúdis y al Sr. Martin.

Éstos eran los nuevos amigos de la Marquesa; de los antiguos sólo conservaban su confianza el General y Guillen.

Acababa de entrar la señora Gertrúdis en el gabinete de Luisa, hallándose en él el General y el padre Antonio.

El General hacia uso de la palabra diciendo:

— Padre Antonio, vanidad de vanidades, miseria humana, pero ahí tienen ustedes el suceso que ántes de ayer puso en movimiento la admiracion pública. Debe ser inglesa, y es hermosa como un ángel.

— Es natural, contestó el padre Antonio. Admiramos las obras con que el arte embellece y perpetúa las hazañas, y muchas veces los crímenes de los hombres; ¿por qué no han de ser admiradas tambien las perfecciones físicas con que Dios adorna frecuentemente las nobles líneas del rostro humano? No es ciertamente la hermosura del cuerpo, más pasajera y fugitiva que la vida misma, lo que realmente enaltece al hombre; la be-

lleza moral es la esencia de su hermosura; y no dejándonos arrastrar más allá de lo justo por la loca influencia de los sentidos, la admiración tributada á la belleza material, hay que convenir en que es como un paso hácia el sentimiento de la belleza eterna. Los griegos no acertaron á concebir más belleza que aquella que salía de las manos de sus artistas, contenida en la pureza de las líneas y en la corrección de los contornos; nosotros, más dichosos, la encontramos en la pureza de los pensamientos y en la bondad de las acciones. Por eso ellos se enamoraron de Vénus, y nosotros adoramos á la Virgen María. Quiero decir, señora Gertrúdis, añadió dirigiéndose á la pobre mujer, que lo escuchaba con la boca abierta, que podemos andar por las asperezas de la tierra sin perder de vista las alturas del cielo.

—Eso es, señor cura; si su Divina Majestad me hubiera concedido otra cara ménos fea que ésta que llevo, le aseguro á V. que no me quejaría; pero me tocó ser así, y estoy muy contenta, porque, hablemos claros, quien quita la ocasión quita el peligro.

El General y el padre Antonio se sonrieron, y la Marquesa dijo:

—Me interesa esa mujer, cuya singular aparición y rara hermosura dan materia á las conversaciones; y como el General nos la ha pintado con tan vivos colores y tan minuciosos detalles, me parece que la estoy viendo. Me precio de fisonomista y tengo también mi vanidad de pintora. Vamos á ver si el lápiz sabe reproducir lo que el General ha bosquejado con la palabra. Casualmente, añadió sonriendo, está el lienzo preparado y la mano dispuesta á emprender la obra.

Dicho esto se acercó al caballete, cogió el lápiz y comenzó á dibujar con toda la soltura de un maestro consumado, añadiendo:

—Hablen ustedes cuanto quieran; les prometo no distraerme, pues voy á poner en esta empresa mis cinco sentidos. No hay tampoco inconveniente en que se rían ustedes de mi atrevimiento. Alguna vez sabrán la causa que me mueve á ello; entre tanto supongan ustedes que es un capricho de artista.

—Siento, dijo el General, que el insigne doctor no se halle presente, pues nos hu-

biera hecho un retrato científico, explicándonos en qué consiste la dulzura de su mirada, la blancura transparente de su tez y la viva expresión de su sonrisa.

— ¡Toma! exclamó la señora Gertrúdis; eso consistirá en que Dios ha querido dárse-las. ¿No es verdad, Sr. Cura?.....

— Ciertamente, contestó el sacerdote; usted ha llegado al conocimiento de esa verdad por la fe, y aunque más despacio, el doctor llegará también por la ciencia, por la verdadera ciencia.

— Al doctor, añadió Luisa, déjenlo ustedes de mi cuenta. Lo tengo en muy buen camino; poco á poco voy limando los errores científicos, como él dice, que aprisionan su entendimiento, luego el padre Antonio le dará la última mano.

— Señora, dijo Guillen entrando, cantaré misa cuando V. quiera.

— No, replicó la Marquesa sin apartar los ojos del lienzo en que dibujaba, no aspiro á tanto; me contento con que la oiga V. los días de fiesta. Y aún en este momento no soy tan exigente, me contentaré con que me

traiga buenas noticias de la pobre enferma que le recomendé anoche. Vamos, cuéntenos V. su visita á la parálitica.

— ¡Ah Señora! mi visita á la parálitica es toda una historia.

— Mejor, añadió el General; una historia viene aquí de molde mientras la Marquesa da principio á su obra.

— Hola, exclamó Guillen, tenemos obra entre manos. ¿A qué santo del almanaque le ha tocado su vez?

— A ninguno, contestó la Marquesa, extendiendo las manos sobre el lienzo para impedir que el médico viera lo que estaba pintando.

— Ese ademán me indica, añadió Guillen, que he cometido una imprudencia acercándome al caballete. Sin duda se trata de un secreto.

— Sí, contestó Luisa, mi obra debe permanecer ignorada hasta que esté concluida, porque quiero que la impresión sea completa.

— Respetemos, dijo el doctor, el secreto de esa concepción misteriosa, y vamos á la parálitica.